



Sacro Arzobispado Ortodoxo Griego

ΕΛΛΗΝΙΚΗ ΟΡΘΟΔΟΞΟΣ ΙΕΡΑ ΜΗΤΡΟΠΟΛΙΣ
ΠΑΝΑΜΑ ΚΑΙ ΚΕΝΤΡΩΣ ΑΜΕΡΙΚΗΣ
MEXICO, AMERICA CENTRAL, PANAMÁ, COLOMBIA, VENEZUELA E ISLAS DEL CARIBE
BAJO JURISDICCION DEL PATRIARCADO ECUMENICO DE CONSTANTINOPLA

SAN JUAN CRISÓSTOMO



ΚΑΤΗΧΗΣΕΙΣ ΠΕΡΙ ΒΑΠΤΙΣΜΑΤΟΣ

(I y II Catequesis Bautismales)

INTRODUCCIÓN

Las *Catequesis Bautismales* son, dentro de los diversos escritos del Gran Maestro Ecuménico San Juan Crisóstomo, una verdadera exposición sobre el valor del Sacramento que da ingreso a los fieles a la Vida en Cristo, vida que como el mismo lo expresa, se da como camino a la deificación, deificación que está antecedida del arrepentimiento y la iluminación. Estas catequesis a su vez, muestran la importancia y la riqueza de la liturgia bautismal en oriente (especialmente en Antioquía, una de las sedes más ilustres de la Iglesia oriental y sucesora directa del apóstol San Pedro su primer Obispo, Padre y Pastor) al final del siglo IV, liturgia que permanece y prevalece intacta en la práctica de nuestra Santa Iglesia Ortodoxa.

Ordenado sacerdote el 16 de febrero del año 386, al comienzo de la Cuaresma, empezó enseguida su actividad predicadora, cuyos primeros testimonios son las *Ocho homilias sobre el Génesis*, desarrolladas durante el mismo año. Pertenecen a la Cuaresma del año 387 las *Veintiún Homilias sobre las estatuas*, con las cuales el Crisóstomo, junto con la participación del Obispo Flaviano, logró interrumpir y evitar represiones sangrientas ulteriores, por parte del poder imperial, como consecuencia de la sedición popular que llegó a mutilar las estatuas de Teodosio y de su familia.

San Juan Crisóstomo, desde el comienzo de su actividad pastoral, reveló una clara y penetrante concepción del bautismo hecho que indiscutiblemente debería acompañar a todos los que se hacen cristianos. Su estilo sencillo y vivo, que, aun en la inmediata y constante relación con el auditorio, conserva siempre la impronta de la pura elocuencia ática, nos permite comprender sin dificultad su pensamiento, el cual es y expresa realmente las bases de una verdadera acción pastoral y catequética.

El primer aspecto fundamental que San Juan Crisóstomo capta en el bautismo es el sentido del misterio que lo rodea y la sacralidad del mismo, de ahí parte para hacer un claro llamado a la transformación y, además, a permanecer firmes en el compromiso realizado en aquel día.

San Juan enseña claramente sobre los términos:

Πιστοι: Iniciados o bautizados.

Κατηχομενοι: Los no iniciados o, mejor, quienes se preparan para el Bautismo y la vida de fe.

La separación entre los dos grupos que se realizaba al comienzo de la liturgia eucarística, en la cual sólo los fieles podían participar mientras que los catecúmenos eran invitados a salir una vez leído el Evangelio, es decir, solo tomaban parte de la liturgia de la Palabra.

El sentido del misterio, viene sugerido al Santo por la viva fe que tenía en la nueva realidad a la cual el catecúmeno es llamado a participar: la adhesión plena y definitiva a Cristo; y para expresarla se sirve con mucha frecuencia de la imagen humana y sugestiva del matrimonio, como ya lo había hecho el Apóstol San Pablo. La conocida cita de Efesios (5, 31-32), que constituye la base de la interpretación patristica del matrimonio, es la que ahora él utilizará para darle así una profunda hermenéutica o interpretación (que en su estilo se presenta como paradigma) para una sociedad actual donde el sentido básico y fundamental de los Misterios y Sacramentos se ha perdido en un occidente que corre el peligro de convertir la fe en una expresión puramente filosófica. Así, en este primer momento presentamos a ustedes, amados lectores, la I y II de las *Catequesis Bautismales* de

San Juan Crisóstomo, la cual debe ser meditada, analizada y profundizada, para que podamos entender y despertar al valor que este primer sacramento tiene en el crecimiento del ser humano que se dispone o que ya se ha hecho cristiano.

Que el bautismo no es ni debe ser un acto protocolar, que este sacramento es la unión a la muerte de Cristo y por ende a su Resurrección y que solo la asimilación y responsabilidad nos llevará a comprender que vida cristiana es vida cotidiana y que el día del Bautismo volvimos a nacer, razón por la cual no se puede comprender que regresemos al viejo estado y estilo de vida que llevábamos antes de que bajásemos a las Aguas de este Santo Misterio.

Si los cristianos no comprendemos que nuestra lucha esencial está en transformar nuestro interior, en renovar nuestro corazón muriendo al hombre viejo y haciendo nacer el hombre nuevo, entonces toda nuestra vida de fe será un fracaso. La vida cristiana no se mide por una partida o documento bautismal, sino por la vivencia de la fe, el arrepentimiento, la iluminación que nos lleve a una verdadera comunión con Dios que nos de y otorgue la deificación.

En la segunda catequesis se hace referencia a los nombres con que se denomina el bautismo y el significado respectivo de los mismos, así como insiste en el hecho fundamental de no jurar, pues este es un pecado que muchos solemos ignorar creyendo que no es nocivo y sin embargo es uno de los actos mas destructivos.

Al leer estas catequesis, amigo y hermano mío, no pases de largo como quien lee cualquier obra literaria, que ella te sirva y nos sirva a todos para meditar sobre lo que hemos hecho y realizado en nuestras vidas a partir del día del Bautismo. Los cristianos estamos llamados a vivir profundamente la fe, a ser testimonio, a ser vida, a hacer y ejercer la práctica todos los días de nuestra vida y ello sin descanso.

De las homilías y las enseñanzas de San Juan Crisóstomo, podemos decir que es la más sencilla y bella forma de la hermenéutica, interpretación y predicación de la Palabra Divina, del camino del arrepentimiento, la iluminación y la Deificación.

Estas catequesis, 12 en total, son una verdadera luz en el camino de cualquier persona que realmente quiera y desee ser cristiana, nos invita a meditar, a controlar el don de la palabra y a no usarlo en deterioro de la verdad, mediante la critica destructiva, nos invita a renovar y nos dice o indica como hacerlo.

La misión que desarrollamos bajo el cayado y amor de nuestro Padre y Pastor, el Arzobispo Atenágoras, es la misión de renovar el corazón, de despertar el amor a Dios y este en y a través de los hermanos. Por ello en la voz de San Juan Crisóstomo, Patriarca Ecuménico de Constantinopla, venido de Antioquía, en la melodía de su enseñanza y el concierto de su predicación, podemos decir que se aviva y despierta el corazón, la fe, la esperanza y la caridad que avivan la razón para poder avanzar hacia la verdad que no es otra que Cristo quien nos une y nos da la oportunidad de la deificación.

A todos aquellos a los que lleguen estas dos primeras catequesis, a los que alcance este escrito armónico, a los que determinen hacer vida la interpretación de este Santo Escritor, de este Gran Padre y Ecuménico Maestro, a los que toquen sus palabras, a los que los haga transformar y los lleve a meditar, esta plegaria, que nada ni nadie pueda opacar este mensaje sin que nos haga reflexionar sobre la razón por la cual somos cristianos, por la cual somos hombres y la causa por la cual transitamos aquí.

Si grande es nuestro título de hombres, sublime es el de cristianos, ya que nos hace digno ejemplo para cada hermano, siendo sal de la tierra y luz del mundo.

Archimandrita Timoteo.

I 9

...El baño del bautismo elimina los pecados: tú enmienda la costumbre, para que, una vez dados los colores y con la regia imagen ya en todo su esplendor, no tengas que borrar ya más, ni producir heridas o cicatrices en la belleza que Dios te ha dado...

KATHXΗΣΕΙΣ ΠΕΡΙ ΒΑΠΤΙΣΜΑΤΟΣ (I, ιαρ)

I 9

I 9

PRIMERA CATEQUESIS

I 9

αρ) El valor de la práctica de la enseñanza y el peligro de la mediocridad, la necesidad de fructificar y hacer el evangelio vida en nuestras vidas.

Me he presentado antes, con el propósito de reclamarles los frutos de lo que dije, finalidad de la catequesis de hace muy poco tiempo a su caridad. Efectivamente, no hablamos únicamente para que nos oigan, sino también para que recuerden lo dicho y nos den prueba de ello con las obras; mejor dicho, no a nosotros, sino a Dios, que conoce lo más secreto de la mente. Y para eso se llama también *catequesis*: para que, al ausentarnos nosotros, la palabra siga resonando en vuestras mentes.

Y no os asombréis de que, habiendo transcurrido solamente diez días, vengamos ya a reclamarles los frutos de las semillas, porque, en verdad, incluso en un día es posible a la vez sembrar y cosechar. Efectivamente, no se nos llama a luchar equipados solamente con nuestra propia fuerza, sino también con el firme apoyo que viene de Dios.

Por consiguiente, cuantos acogieron las cosas que dijimos y las han puesto en práctica con las obras, que sigan proyectados hacia *lo que tienen delante*¹; en cambio, los que todavía no han puesto mano en este excelente ejercicio, que lo emprendan desde este momento, para que, mediante el esmero por estas cosas, puedan alejar de sí con la subsiguiente diligencia, la condena originada por su negligencia. Es posible, en efecto, es posible que incluso el que vive en el mayor descuido, si en adelante se vale de la diligencia, pueda compensar el daño del tiempo anterior. Por eso dice la escritura: *Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón como en la exacerbación*².

Y dice esto exhortándonos y aconsejándonos que nunca desesperemos, al contrario, que mientras estemos acá, tengamos buenas esperanzas de alcanzar lo que está delante, y de perseguir el premio al que Dios llama desde arriba.

βρ) La grandeza del nombre “Fiel”.

El nombre de fieles realicemos pues, esto, y examinemos cuidadosamente los nombres de este gran don, porque, de igual modo que la grandeza de una dignidad, si es ignorada, hace bastante negligentes a los que han sido honrados con ella, así también, cuando es conocida, los vuelve agradecidos y los hace más diligentes. Y por otra parte, sería vergonzoso y ridículo que quienes disfrutan de gloria y honor tan grandes de parte de Dios, ni siquiera sepan qué quieren significar sus nombres.

γρ) La grandeza de ser llamados “fieles” superior a la de ser llamados hombres.

¹ Cf. Flp. 3, 13.

² Sal 94, 8. La versión de los Setenta, seguida siempre por san Juan Crisóstomo, entendió el hebreo *meribá*, no como sitio geográfico de la localidad desértica de Meribá, según el relato de Nm. 20, 1-13, sino como nombre común: *παράπικρασμός* (parapikrasμός), equivalente a *exacerbación, irritación, riña, exasperación*.

¡Y qué digo de este don! Con que pienses en el nombre común de nuestra raza, recibirás una enseñanza y una exhortación a la virtud grandiosas.

Este nombre de hombre, en realidad nosotros no lo definimos según lo definen los foráneos, sino como ordenó la Divina Escritura. Efectivamente, hombre no es quien simplemente tiene manos y pies humanos, ni sólo quien es racional, sino quien se ejercita con confianza en la piedad y la virtud. Escucha, pues, siquiera lo que dice sobre Job.

Efectivamente, al decir: *Había un hombre en la región de Ausitide*³, no lo describe en los términos en que lo hacen los infieles, ni dice sin más que tiene dos pies y uñas anchas y planas, sino que, reunidas las señales de aquella piedad, decía: *Justo, veraz, piadoso y apartado de toda maldad*⁴, con lo cual daba a entender que éste era un hombre. Lo mismo, pues, que dice otro también: *Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre*⁵. Ahora bien, *si el nombre de hombre ofrece una tan gran exhortación a la virtud, ¿con cuánta mayor razón no la ofrecerá el de fiel?*

δρ) La virtud de acrisolarse y cultivarse en la vida cristiana.

Pues te llamas fiel por lo siguiente: porque tienes fe en Dios, y por él tienes confiada la justicia, la santificación, la limpieza del alma, la adopción filial, el reino de los cielos. Todo te lo confió y encomendó a ti. Sin embargo, por tu parte, también le confiaste y encomendaste a él otras cosas: la ofrenda, las oraciones, la castidad y todas las virtudes. ¡Y qué digo la misericordia! Aunque no le des más que *un vaso de agua fresca, ni siquiera eso perderás*⁶, antes bien, incluso esto lo guarda con cuidado para el día aquel, y te lo devolverá muy colmadamente.

En efecto, esto es realmente lo admirable, que no solamente guarda cuanto se le ha confiado, sino que lo acrecienta con las recompensas. También a ti te mandó que, según tus fuerzas y respecto de lo que se te confió, hicieras esto: aumentar la santificación que recibiste, hacer resplandecer más y más la justicia que procede del baño bautismal y hacer más fúlgida la gracia, como hizo Pablo, quien con sus trabajos, su celo y su diligencia, aumentó luego todos los bienes que había recibido. Y mira la atención solícita de Dios: en aquel momento, ni te dio todo ni te privó de todo, sino que te dio unas cosas y te prometió otras. ¿Y por qué motivo no te dio entonces todo? Para que tú demuestres tu confianza en Él, creyendo en lo que todavía no te da, basado únicamente en su promesa.

ερ) La fe que lumina y nos permite ver con claridad.

Y una vez más, ¿por qué motivo allí no se reservó todo, sino que dio la gracia del Espíritu, la justicia y la santificación? Para aliviar tus trabajos y para hacerte concebir buenas esperanzas sobre lo futuro, basado en lo ya otorgado. El nombre del nuevo iluminado y estás a punto de ser llamado nuevo iluminado por la razón siguiente: porque, si tú quieres, tienes siempre una luz nueva, y nunca se apaga. Efectivamente, a esta luz de acá, lo queramos o no lo queramos nosotros, le sucede la noche; en cambio la tiniebla no conoce aquel rayo de luz, pues *la luz brilla en las tinieblas, mas las tinieblas no la*

³ Jb. 1, 1.

⁴ Id.

⁵ Ec. 12, 13.

⁶ Mt. 10, 42.

*comprendieron*⁷. Así pues, el mundo no es tan resplandeciente después de alzarse el rayo solar, como brilla y refulge el alma después de recibir la gracia del Espíritu.

στρ) La fe nos muestra la verdadera naturaleza de las cosas.

Y aprende con mayor exactitud la naturaleza de las cosas: mientras es de noche, efectivamente, y todo está oscuro, muchas veces uno, al ver una cuerda, la toma por una serpiente, o al acercársele un amigo, huye de él creyéndolo un enemigo, o al percibir cualquier ruido, se asusta; en cambio, mientras es de día, no podría ocurrir nada semejante, al contrario, todo aparece como es. Esto mismo sucede también con nuestra alma.

Efectivamente, en cuanto la gracia llega y expulsa la oscuridad de la mente, aprendemos la exacta realidad de las cosas, y los antiguos temores se nos hacen fácilmente despreciables: ya no tememos a la muerte después de haber aprendido, a lo largo de esta sagrada iniciación a los misterios, que la muerte no es muerte, sino sueño y dormición pasajeros; ni tememos ya la pobreza, la enfermedad o cualquier otra cosa de éstas, porque sabemos que estamos caminando hacia una vida mejor, intacta, incorruptible y libre de cualquier imperfección parecida.

ζρ) El valor de buscar los bienes espirituales y la misericordia deificante de Dios hacia el hombre.

Por consiguiente, no nos quedemos embobados ante las cosas mortales, ni por los placeres de la mesa ni por el lujo de los vestidos: en realidad tienes un vestido incomparable, tienes una mesa espiritual, tienes la gloria de arriba, y Cristo se hace todo para ti: mesa, vestido, casa, cabeza y raíz. *Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos*⁸ ¡mira cómo se hizo vestido para ti! ¿Quieres saber cómo se hizo también mesa para ti? *Quien me come* —dice—, *igual que yo vivo para el Padre, también él vivirá por mí*⁹. Y que también para ti se hace casa: *El que come mi carne, en mí permanece y yo en él*¹⁰. Y que se hace raíz, lo dice también: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos*¹¹. Y que se hace hermano, amigo y esposo: *Ya no os llamo más siervos, porque vosotros sois mis amigos*¹². Y Pablo, por su parte: *Os he desposado a un solo mando, para presentaros a Cristo como virgen intacta*¹³; y además: *Para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*¹⁴. Y no solamente nos hemos convertido en hermanos suyos, sino también en hijos, pues dice: *Mira, yo y los hijos que Dios me dio*¹⁵; y no sólo esto, sino también sus miembros y su cuerpo¹⁶. Efectivamente, como si no bastara lo dicho para demostrar el amor y la benevolencia de que ha hecho gala para con nosotros, añadió todavía algo mucho mejor y más íntimo que lo anterior, al llamarse a sí mismo cabeza nuestra¹⁷.

⁷ Jn. 1, 5.

⁸ Ga. 3, 27.

⁹ Jn. 6, 57.

¹⁰ Id., 56.

¹¹ Jn. 15, 5.

¹² Id., 14, 15.

¹³ 2 Co. 11, 2.

¹⁴ Rm. 8, 29.

¹⁵ Is. 8, 18.

¹⁶ Cf. 1 Co. 12, 27.

¹⁷ Cf. Ef. 1, 22.

ηρ) Actuar de acuerdo a la misericordia deificante de Dios y necesidad de una conducta ejemplar.

Puesto que ya sabes todo esto, querido, corresponde a tu bienhechor con una conducta inmejorable, y después de reflexionar sobre la grandeza del sacrificio, embellece los miembros de tu cuerpo. Piensa en lo que recibes en tu mano, y jamás la levantes para golpear a alguien, y no mancilles con semejante pecado¹⁸ la mano enaltecida con un don tan grande. Piensa en lo que recibes en tu mano, y consérvala limpia de toda avaricia y rapiña. Piensa que no solamente lo recibes en tu mano, sino que también te lo llevas a la boca: guarda, pues, tu lengua limpia de palabras torpes e insolentes, de blasfemia, de perjurio y de todo lo demás de análoga ralea. Realmente es pernicioso que la lengua, que está al servicio de tan tremendos misterios, enrojecida con tal sangre y convertida en espada de oro, sea transferida al servicio del ultraje, de la insolencia y de la chocarrería.

θρ) Actuar de acuerdo a la dignidad con que Dios nos ha revestido.

Ten en gran respeto el honor con que Dios la honró, y no la rebajes a la vileza del pecado, antes bien, reflexiona una vez más que, después de la mano y de la lengua, es el corazón quien recibe ese tremendo misterio, y nunca más urdas engaños contra tu prójimo, sino guarda tu mente limpia de toda maldad, y así podrás también asegurar tus ojos y tu oído. Pues, ¿cómo no va a ser absurdo, después de aquella misteriosa voz que venía del cielo, quiero decir la de los querubines, ensuciar el oído con cantos de burdel y cascadas melodías?

Y, ¿cómo no va a ser digno del último castigo mirar a las ramera con los mismos ojos con que miras los inefables y tremendos misterios, y cometes adulterio de pensamiento? A una boda fuiste convidado, querido, no vayas a entrar vestido con ropa mugrienta, al contrario, ponte un traje adecuado para la boda. Porque, si los hombres convidados a las bodas terrenales, aunque sean los más pobres del mundo, muchas veces alquilan o se compran un vestido limpio, y así se presentan a los que les invitaron, tú, convidado a una boda espiritual y a un banquete regio, piensa qué vestido tan extraordinario sería justo que compraras. Pero hay más: ni siquiera es preciso comprarlo, sino que el mismo que te invita te lo da gratis, para que ni la pobreza puedas presentar como pretexto. Por consiguiente, conserva el mismo vestido que recibiste, porque, si lo pierdes, en adelante no podrás ya ni alquilarlo ni comprarlo, pues tal vestido no se vende en parte alguna.

ιρ) El pecado pos-bautismal es mucho mas grave que el pre-bautismal.

¿Oíste cómo sollozaban los que habían sido iniciados anteriormente en los misterios y cómo se golpeaban el pecho, porque entonces la conciencia los estimulaba? Mira, pues, querido, no tengas tú que padecer eso mismo. Pero, ¿cómo no vas a padecerlo, si no echas fuera la pésima costumbre del mal? La corrección de las faltas Por esta razón os dije recientemente, y os digo ahora y no cesaré de repetirlo: si alguno no ha rectificado las fallas de las costumbres y no ha conseguido facilidad en la virtud, que no se bautice.

Efectivamente, los pecados anteriores puede perdonarlos el baño bautismal, pero existe un temor no pequeño y un peligro no casual de que alguna vez volvamos a las andadas y

¹⁸ Literalmente *con el pecado del golpe*, del bofetón.

el remedio se nos mude en llaga, porque, cuanto mayor fue la gracia, tanto mayor será el castigo para los que pecan después de aquello.

ⲁⲡ) La importancia de no retroceder en el crecimiento espiritual.

Por consiguiente, para no volver al prístino vómito, tratemos de instruirnos a nosotros mismos ya desde ahora. Pues bien, respecto de que es necesario que primero nos convirtamos y nos apartemos de los males anteriores y así nos acerquemos a la gracia, escucha lo que dicen, de una parte, Juan, y de otra, el protocorifeo de los apóstoles, a los que van a bautizarse. Aquél, efectivamente, dice: Dad fruto digno de la conversión, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: *Tenemos por padre a Abrahán*¹⁹: Este otro, por su parte, repetía a los que le preguntaban: *Convertíos, y cada uno de vosotros se bautice en el nombre del Señor Jesús Cristo*²⁰.

Ahora bien, el que se convierte ni siquiera toca ya las mismas cosas de las que se ha convertido, y por esta razón se nos manda decir: «Renuncio a ti, Satanás», para que no tornemos a él ya más. Lo mismo, pues, que ocurre con los pintores, que suceda también ahora. Éstos, efectivamente, después de ponerse ante la tabla, de trazar blancas líneas y de esbozar las regias imágenes, antes de aplicar los colores definitivos, con toda libertad borran unas cosas y sustituyen otras, y así enmiendan los errores y cambian lo que estaba mal. Pero después que han dado el color, ya no son dueños de volver a borrar y repintar, porque esto dañaría la belleza de la imagen y sería motivo de reproche. Haz también tú lo mismo: piensa que el alma es para ti una imagen. Por lo tanto, antes de darle el verdadero color del Espíritu, borra las malas costumbres que han prendido en ti: si tienes la costumbre de jurar, de mentir, de injuriar, de hablar obscenidades, de hacer ridiculeces o de cualquier otra obra parecida, de las que no son lícitas, arráncate esa costumbre, para que no vuelvas otra vez a ella después del bautismo.

El baño del bautismo elimina los pecados: tú enmienda la costumbre, para que, una vez dados los colores y con la regia imagen ya en todo su esplendor, no tengas que borrar ya más, ni producir heridas o cicatrices en la belleza que Dios te ha dado. Reprime, pues, tu ira, apaga tu furor, y si alguien te perjudica, si te ultraja, llóralo a él; tú no te sulfures, conduélete, no te encolerices ni digas: «¡En el alma me ha perjudicado!». No hay nadie que sea perjudicado en el alma, a no ser que nosotros mismos nos perjudiquemos en el ella, y voy a decirte de qué forma. ¿Alguien te robó la hacienda? No te perjudicó en el alma, sino en los bienes; pero, si tú guardas rencor, te perjudicas a ti mismo en el alma, porque en realidad los bienes robados en nada te dañaron, más bien te favorecieron; en cambio tú, si no depones tu ira, darás cuentas allá de este rencor. ¿Alguien te insultó y te ultrajó? Tampoco te perjudicó en el alma, ni siquiera en el cuerpo. ¿Tú devolviste insultos y ultrajes? Tú te perjudicaste a ti mismo en el alma, y allá tendrás que dar cuentas de las palabras que dijiste.

ⲁⲢ) La grandeza de nuestra lucha.

Ysobre todo quiero que vosotros sepáis esto: al cristiano y fiel nadie puede perjudicarle en el alma, ni el mismo diablo. Pero lo admirable no es únicamente esto: que Dios nos hizo inexpugnables frente a todas las insidias, sino también que nos hizo aptos para la práctica de la virtud, sin que nada lo impida, con tal de quererlo nosotros, aunque seamos pobres, débiles de cuerpo, marginados, sin nombre o

¹⁹ Lc. 3, 8. La expresión es de Juan el Bautista.

²⁰ Hch. 2, 38. La expresión es de Pedro.

esclavos. Efectivamente, ni pobreza, ni enfermedad, ni manquedad corporal, ni esclavitud, ni cualquier otra cosa parecida podría nunca ser impedimento para la virtud. ¡Y qué digo pobre, esclavo y sin nombre! ¡Aunque estés prisionero! Tampoco esto te será impedimento para la virtud.

¿Y cómo? Voy a decírtelo yo. ¿Uno de tus domésticos te contristó y te irritó? ¡Ahórrale tu ira! ¿Acaso para hacer esto tuviste como impedimento tus cadenas, tu pobreza o tu baja condición? ¡Y qué digo impedimento! ¡Incluso te ayudan y cooperan contigo para disminuir tus humos!

¿Que ves a otro en pleno éxito? No lo envidies, porque ni siquiera aquí es impedimento la pobreza. Por otra parte, cuando hayas de orar, hazlo con la mente sobria y despierta, que nada podrá tampoco impedirlo. Muestra en todo mansedumbre, equidad, moderación, dignidad, porque esto no necesita de ayudas externas. Y esto sobre todo es lo más grande de la virtud: que no tiene necesidad de la riqueza, ni del poder, ni de la gloria, ni de cualquier otra cosa parecida, sino únicamente del alma santificada, y no busca más. Pero mira cómo esto mismo sucede también con la gracia. Efectivamente, aunque uno esté cojo, aunque tenga vacías las cuencas de los ojos y mutilado el cuerpo, y aunque haya caído en extrema enfermedad, nada de esto impide a la gracia venir: ésta busca únicamente al alma que la acoge con diligencia, y deja de lado todas esas cosas externas.

Es cierto que, en los soldados de fuera, quienes los alistan para el ejército buscan talla corporal y músculo vigoroso, pero quien ha de servir como soldado no debe tener solamente eso, sino que además ha de ser libre, porque, si uno es esclavo, lo rechazan. En cambio el rey de los cielos no busca nada parecido, antes bien, admite en su ejército incluso esclavos, viejos e inválidos, y no se avergüenza de ello. ¿Qué puede haber de más bondadoso y de mayor provecho que esto? Porque éste busca únicamente lo que está en nuestra mano, en cambio aquellos buscan lo que no está en nuestra mano. Efectivamente, el ser esclavo o libre no está en nuestro poder; y tampoco está en nuestra mano el ser alto, bajo o viejo, el estar bien proporcionado y cuanto se quiera de parecida índole.

En cambio, el ser clemente y benigno y tener las demás virtudes es cosa de nuestra voluntad. Y Dios nos exige únicamente aquello de que nosotros somos dueños. Y con muchísima razón, pues no nos llama a su gracia para su propio provecho, sino por hacernos bien a nosotros, mientras que los reyes llaman para servicio suyo. Estos, además, arrastran a una guerra material, en cambio Él a un combate espiritual.

Puede ser que alguno vea la misma relación de semejanza no solo en las guerras externas, sino también en las competiciones. Efectivamente, los que van a ser arrastrados a dar el espectáculo no bajan a la liza antes de que el heraldo los haya cogido y hecho circular a la vista de todos mientras va diciendo a voz en grito: «¿Acaso alguien acusa a éste?» Y sin embargo, allí no se trata de luchas del alma, sino de los cuerpos: ¿por qué, pues, exiges dar cuentas de la nobleza? Pero aquí no hay nada parecido, sino todo lo contrario. Como quiera que nuestra lucha no consiste en trabarse las manos, sino en la sabiduría²¹ del alma y en la virtud de la mente, nuestro juez de competición hace lo contrario de aquél: no lo coge y lo conduce alrededor mientras va gritando: «¿Acaso alguien acusa a éste?», sino que grita: «¡Aunque los hombres todos, y aunque los demonios apiñados con el diablo le acusen de

²¹ Literalmente *en la filosofía del alma*, pero el término *filosofía*, tiene en San Juan Crisóstomo —como en los demás escritores cristianos— un significado completamente distinto del moderno.

las mayores y más ocultas atrocidades, yo no lo rechazo, ni abomino de él, sino que, después de arrancarlo a los acusadores y de librarlo del mal, lo conduzco a la competición!»

Y no sin razón, pues allí el árbitro no ayuda a ninguno de los luchadores a lograr la victoria, sino que se mantiene en el medio; en cambio, aquí, en los combates de la piedad, el juez de competición se convierte en camarada y coadyuvador de los atletas, y junto con ellos entabla la batalla contra el diablo.

ⲧⲫ) La gracia de Dios nos ayuda en el combate.

Pero lo admirable no es únicamente el hecho de que nos perdona los pecados, sino también que no los descubre, ni los pone en evidencia, ni a los que llegan los obliga a pregonar en medio las faltas propias, sino que manda defenderse ante Él sólo y confesarse a Él. Ciertamente, si uno de los jueces de este mundo ²² dijese a un bandolero o a un ladrón de tumbas, apresados, que con sólo declarar sus fechorías quedarían libres del castigo, acogerían la propuesta con toda diligencia y por el deseo de salvarse despreciarían todo sentimiento de vergüenza. Aquí, sin embargo, no hay nada de esto, al contrario, Dios perdona los pecados y no obliga a exponerlos en presencia de algunos, sino que busca solamente una cosa: que quien disfruta del perdón aprenda la grandeza del don.

ⲧⲔ) El valor de la sinceridad en la oración, del silencio y el dominio de la lengua.

Cómo, pues, no va a ser absurdo que en las cosas en que nos hace el bien Él se contente únicamente con nuestro testimonio, y nosotros en cambio, cuando se trata de rendirle culto a Él, busquemos otros testigos y lo hagamos por ostentación? Por consiguiente, admiremos su benevolencia y mostremos abiertamente lo nuestro, y lo primero de todo refrenemos el ímpetu de nuestra lengua para no estar hablando constantemente, ya que *en las muchas palabras no falta el pecado* ²³. Si tienes, pues, algo útil que decir, abre tus labios; pero si en nada es necesario, cállate, porque es lo mejor. ¿Eres artesano? Canta salmos mientras estás sentado. ¿Que no quieres salmodiar con la boca? Hazlo con la mente: el salmo es un gran compañero de conversación.

Y con ello no tomarás sobre ti nada pesado, antes bien, podrás estar sentado en tu taller como en un monasterio, pues no es la comodidad de los lugares, sino la probidad de las costumbres, la que proporcionará la tranquilidad. Lo cierto al menos es que Pablo ejerció su oficio en el taller y no sufrió daño alguno en su propia virtud ²⁴.

ⲧⲥ) La verdadera riqueza.

Por consiguiente no digas: «¿Cómo podré yo ejercer la sabiduría ²⁵, pues soy artesano y pobre?» ¡Por esta razón sobre todo podrás ejercerla! Para nosotros, en orden a la piedad, es más conveniente la pobreza que la riqueza y el trabajo que la ociosidad, del mismo modo que la riqueza se torna impedimento para los que no andan con cuidado. Efectivamente, cuando sea preciso abandonar la ira, apagar la envidia, refrenar la cólera; cuando sea menester demostrar la oración, la honradez, la mansedumbre,

²² En griego *τον ἐξῆθεν* (ton exothen), expresión familiar a San Juan Crisóstomo, significa literalmente *los de fuera, foráneos*; para él los no cristianos.

²³ Pr. 10, 19.

²⁴ Cf. Hch. 18, 3.

²⁵ Para el uso del término *φύλοσφρα*, cf. nota 21.

la benevolencia y el amor, ¿en qué punto podría ser obstáculo la pobreza? Y es que, realmente, no es posible realizar todo eso repartiéndolo, sino demostrando una voluntad recta. La limosna es la que más necesita de bienes, pero también ella resplandece todavía más con la pobreza, pues la que echó los dos óbolos ²⁶ era la más pobre de todos, pero a todos sobrepasó. Por consiguiente, no consideremos la riqueza como algo grande, ni pensemos que el oro es mejor que el barro, porque el valor de la materia no depende de la naturaleza, sino de nuestra opinión.

Efectivamente, para quien lo examine con rigor, el hierro es mucho más necesario que el oro, pues éste no aporta ventaja alguna para la vida, y en cambio aquél, por servir para incontables oficios, nos ha proporcionado la mayor parte de lo necesario. ¿Y por qué comparar solamente el oro y el hierro? Estas mismas piedras son mucho más necesarias que las piedras preciosas pues de éstas nada útil podría salir, en cambio con aquellas se han levantado casas, murallas y ciudades. Y tú muéstrame cual podría ser la ganancia proveniente de estas perlas, o más bien, qué daño no podría derivarse, porque incluso para que tú luzcas un solo aljófar, innumerables pobres sufren la angustia del hambre: por tanto, ¿qué disculpa obtendrás?, ¿qué perdón?

ιστρ) El verdadero adorno de la mujer.

¿Q uieres adornar tu rostro? Que no sea con perlas, sino con modestia y decoro, y así el marido verá un semblante más placentero. Efectivamente, aquel adorno suele hacer caer en sospechas de celos, en enemistades, en contiendas y en rivalidades; ahora bien, nada más desagradable que un rostro sospechoso. En cambio, el adorno de la misericordia y de la modestia destierra toda mala sospecha y se atraerá al cónyuge con mayor vehemencia que cualquier otro vínculo. En realidad la naturaleza de la belleza no hace tan hermoso al semblante como la disposición anímica del que lo contempla, y a su vez, nada suele crear esta disposición como la modestia y el decoro.

Tanto es así que, si una mujer es hermosa, pero su marido le tiene inquina, a él le parecerá la más fea de todas; en cambio otra, si ocurre que no es de buen ver, pero gusta a su marido, a él le parecerá la más hermosa de todas, y es que los juicios se basan, no en la naturaleza de las cosas vistas, sino en la disposición anímica de los que miran. Embellece, pues tu semblante con la modestia, el decoro, la caridad, la benignidad, el amor, la amistad para con el marido, la equidad, la mansedumbre, la resignación: éstos son los colores de la virtud; gracias a ellos, te atraerás como íntimos a los ángeles, no a los hombres; gracias a ellos tienes a Dios mismo como panegirista, y cuando Dios se dé por satisfecho, también al marido te lo aplacará por completo.

Efectivamente, si la *sabiduría de un hombre ilumina su rostro*, mucho más la virtud de una mujer ilumina su *semblante* ²⁷. Pero si tú piensas que este adorno es algo grande, dime: ¿Qué provecho sacarás de estas perlas aquel día? ¿Y qué necesidad tenemos de hablar de aquel día, si todo eso lo podemos demostrar por el presente?

Es el caso, pues, que cuando los supuestamente culpables de insolencia contra el emperador eran arrastrados hasta el tribunal y corrían peligro de la máxima pena, entonces sus madres y sus mujeres se desprendían de los collares, del oro, de las perlas, de todo adorno y de las doradas vestimentas; se ponían un vestido sencillo y vulgar, se encenizaban

²⁶ Cf. Lc. 21, 3-4.

²⁷ Ec. 8, 1.

y se echaban a rodar por el suelo ante las puertas del tribunal, y así intentaban ablandar a los jueces. Pues bien, si en los tribunales de acá el oro, las perlas y el vestido suntuoso pueden convertirse en asechanza y traición, y en cambio la equidad, la mansedumbre, la ceniza, las lágrimas y los vestidos vulgares se ganan mejor al juez, con mucha mayor razón ocurrirá esto mismo en aquel incorruptible y tremendo juicio.

Porque, dime, ¿qué razón vas a exponer, qué disculpa, cuando el Señor te acuse por estas perlas y saque a la vista²⁸ a los pobres acabados por el hambre? Por esto decía Pablo: Sin trenzas en el pelo, *sin oro, sin perlas ni trajes suntuosos*²⁹.

De aquí, en efecto, podría seguirse la asechanza: podríamos disfrutar continuamente de ello, pero, con la muerte nos llegará la separación total. En cambio, de la virtud se sigue toda seguridad y ninguna mudanza ni defección, al contrario, aquí nos hace aún más seguros, y allá nos acompaña. ¿Quieres adquirir perlas y no ser nunca despojado de esta riqueza? Arráncate todo adorno y deposítalo en las manos de Cristo por medio de los pobres; Él te guardará toda la riqueza para cuando haya resucitado a tu cuerpo con gran claridad, y entonces te otorgará una mejor riqueza y un adorno mayor, tanto al menos cuanto éste de ahora es vulgar y despreciable. Piensa, pues, a quién quieres agradar y por quiénes te has envuelto en estos adornos: ¿para que, al verte, se maravillen el cordelero, el fundidor de bronce y el mercachifle? ¿Y no te avergüenzas luego ni te sonrojas de mostrarte a ellos y de hacer todo por los mismos a los que ni siquiera consideras dignos de tu saludo?

ιζρ) La renuncia a Satanás.

¿Cómo, pues, te burlarás de esta fantasía? Si recuerdas aquella palabra que pronunciaste al ser iniciada en los misterios: «Renuncio a tí, Satanás, a tu pompa y a tu culto»: tu manía por adornarte con perlas es, efectivamente, pompa satánica. Recibiste oro, en efecto, mas no para encadenar tu cuerpo, sino para liberar y alimentar a los pobres. Di, pues, continuamente: «Renuncio a tí, Satanás»: nada más seguro que esta palabra, si la demostramos por medio de las obras.

ιηρ) El precio pagado por Cristo por y para nosotros.

Esta palabra la considero digna de que la aprendáis también vosotros, los que estáis a punto de ser iniciados en los misterios, porque esta palabra es un pacto con el Señor. Y de igual modo que nosotros, al adquirir servidores³⁰, antes que nada preguntamos a los mismos que nos son ofrecidos si quieren ser servidores nuestros, así también procede Cristo: cuando va a tomarte a su servicio, primero pregunta si quieres abandonar a aquel amo inhumano y cruel, y te acepta el pacto: su señorío, en efecto, no es forzado.

Y mira la bondad de Dios: nosotros, antes de pagar el salario, preguntamos a los que son ofrecidos y, cuando ya nos hemos informado de que sí quieren, entonces abonamos el precio; Cristo en cambio no obra así, al contrario, pagó ya el precio por nosotros: su

²⁸ Literalmente *saque al medio*.

²⁹ 1 Tm. 2, 9.

³⁰ En tiempos de San Juan Crisóstomo no se había eliminado aún del todo la condición servil, ni se había integrado plenamente en la nueva concepción cristiana de la persona, libre en el ámbito de la sociedad a que pertenece.

Preciosa Sangre: Por precio *fuisteis comprados*³¹, dice efectivamente. Y sin embargo, ni aun así fuerza a los que no quieren servirle, antes bien, dice: «Si no te sientes agradecido ni quieres tampoco por tu propia iniciativa y voluntariamente inscribirte en mi dominio, yo no te obligaré ni te forzaré». Por otra parte, nosotros no elegiríamos adquirir servidores malos, y si alguna vez lo elegimos, los adquirimos por una mala elección y pagamos el salario correspondiente. Cristo en cambio, a pesar de comprar unos siervos ingratos e inicuos, pagó el precio de un servidor de primera calidad, más aún, un precio mucho mayor, tan mayor que ni la palabra ni el pensamiento pueden mostrar su grandeza, pues, en efecto, Él no nos compró dando el cielo, la tierra y el mar, sino pagando de lo que es más precioso que todas estas cosas: su propia Sangre.

Ⓜp) Orientaciones sobre los agüeros.

Y después de todo esto, no nos exige testigos ni documento escrito, sino que se da por contento con sólo tu voz, e incluso si dices mentalmente: «Renuncio a ti, Satanás, y a tu pompa», todo lo acepta. Digamos, pues, esto: «Renuncio a ti, Satanás», como quienes han de dar aquel día razón y cuenta de esta palabra, y guardémosla para que entonces podamos devolver sano y salvo este depósito. Ahora bien, pompa satánica son los teatros, los hipódromos y todo pecado, y los horóscopos³², augurios y presagios. ¿Y qué son, pues, los presagios? —dice. Muchas veces algunos, al salir de casa, ven un hombre ojituerto o cojo, y lo toman como un presagio. *Esto es pompa satánica, ya que el encontrarse con un hombre no hace que el día sea malo, sino el vivir en pecado.*

Por consiguiente, cuando salgas, guárdate de una sola cosa: que el pecado tope contigo, porque éste es el que nos hace caer, y sin él, en nada podrá dañarnos el diablo. ¿Qué estás diciendo? Ves a un hombre, y lo toman como un presagio, ¿y no ves la trampa diabólica: cómo te excita a la guerra contra alguien que ningún mal te ha hecho, cómo te vuelve enemigo de tu hermano, sin causa justa alguna?

Y sin embargo, Dios mandó amar incluso a los *enemigos*³³; tú en cambio, aun sin tener de qué acusarlo, ¿aborreces al que en nada te ha perjudicado, y no piensas la risa que das, ni cuán grande es la vergüenza, más aún, el peligro? ¿Te digo otro presagio más ridículo todavía? Me avergüenza y me sonroja decirlo, pero me veo obligado a ello por vuestra salvación.

Si uno se encuentra, dice, con una virgen, el día será un fracaso, pero, si se topa con una ramera, el día será favorable, provechoso y repleto de negocios. ¿Se ocultan, se golpean la frente y de vergüenza bajan la vista hacia el suelo? ¡Pero no ahora, al decir yo estas palabras, sino al ponerlas ustedes por obra! Mira, pues, cómo también aquí el diablo ocultó el engaño, para hacernos aborrecer a la que es casta y en cambio saludar y amar a la disoluta: puesto que oyó a Cristo decir: *El que fija su mirada en una mujer para desealarla, ya adulteró en su corazón*³⁴, y vio a muchos sobreponerse a la incontinencia, cuando quiso hacerles recaer en el pecado por otro camino, gracias a este presagio los convenció para que fijasen complacidos su atención en las rameras.

Ⓜp) Amuletos y hechizos.

³¹ 1 Cor. 7, 23.

³² Literalmente: *examen y observación de los días*, fastos o nefastos.

³³ Cf. Mt. 5, 44 ss.

³⁴ Id., 28.

¿Y qué podría decirse de los que se sirven de hechizos y amuletos, y de los que se atan en torno a la cabeza y los pies monedas de bronce de Alejandro el Macedonio? ¿Son éstas, dime, nuestras esperanzas: que después de la cruz y de la muerte del Señor, tengamos en la imagen de un rey griego la esperanza de la salvación? ¿No sabes cuántas cosas llevó felizmente a cabo la cruz?

Abolió la muerte, extinguió el pecado, hizo inútil el infierno, destruyó el poder del diablo, ¿y no es de fiar para la salud del cuerpo? Hizo revivir a toda la tierra habitada, ¿y tú no confías en ella? Entonces, ¿de qué serías digno tú? —dime. Te rodeas no sólo de amuletos, sino también de hechizos, cuando introduces en tu casa a viejas borrachas y alocadas, ¿y no te avergüenzas ni te sonrojas de perder el seso por esto, después de tan gran sabiduría? Y lo que es más grave que el mismo error: cuando nosotros amonestamos sobre esto y tratamos de persuadirles, ellos creen disculparse diciendo: «La mujer que hace el hechizo es cristiana y no pronuncia otra cosa que el nombre de Dios». Pues precisamente por eso la odio y aborrezco tanto, porque se vale del nombre de Dios para la insolencia, porque dice ser cristiana, pero ostenta las obras de los gentiles.

Por lo demás, también los demonios pronunciaban el nombre de Dios, pero seguían siendo demonios, y así decían a Cristo: Sabemos quién eres, *el Santo de Dios*³⁵, y sin embargo, Él los increpó y los expulsó. Por todo ello os exhortó a purificaros de este engaño y a tener como báculo³⁶ esta palabra; y así como ninguno de vosotros querría bajar a la plaza sin sandalias o sin vestido, así tampoco bajes nunca a la plaza sin esta palabra, antes bien, cuando estés a punto de cruzar el portón del atrio, pronuncia primero esta palabra: «¡Renuncio a ti, Satanás, y a tu pompa y a tu culto, y me uno a ti, oh Cristo!».

Y nunca salgas sin esta palabra: ella será para ti báculo, armadura y torre inexpugnable. Y junto con esta palabra, traza también la cruz en tu frente, porque de esa manera, no sólo un hombre que te sale al encuentro no podrá dañarte en nada, pero es que ni el mismo diablo siquiera, pues por todas partes te ve aparecer con estas armas.

Y en esto edúcate a ti mismo ya desde ahora, para que, cuando recibas el sello, seas un soldado bien preparado y, después de erigir un trofeo³⁷ contra el diablo, recibas la corona de la justicia, la que ojalá todos nosotros podamos alcanzar, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesús Cristo, con el cual se dé la gloria al Padre, junto con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

³⁵ Cf. Mc. 1, 24.

³⁶ Es decir, como apoyo para la conducta.

³⁷ Esto es, después de vencerle: el trofeo, monumento de victoria, lo erigía el vencedor allí donde el enemigo, vencido, volvía la espalda y huía.

I 9

SEGUNDA CATEQUESIS

I 9

αρ) A la espera del gran don del bautismo ³⁸.

³⁸ La presente catequesis, editada por Montfaucon como primera *Catequesis* y tenida como tal por K. Παπαδοπουλος, quien sin embargo, no la publicó, con seguridad fue pronunciada el año 388, treinta días antes de la Pascua, ya que era tradición en aquellos tiempos que los Bautismos fuesen celebrados con motivo de la Pascua, lo cual simbolizaba la resurrección.

iCuán deseable y cuán amable es para nosotros el coro de los nuevos hermanos ! Porque yo los llamo ya hermanos antes del alumbramiento, y antes del parto saludo ya mi parentesco con Ustedes. Sé efectivamente, sé con toda claridad a qué honor tan grande y a qué magistratura van a ser elevados. Ahora bien, a los que van a asumir una magistratura es costumbre que todos los honren incluso antes de ejercerla, por asegurarse de antemano para el futuro, mediante este homenaje, su benevolencia. Esto mismo hago yo también ahora, porque no van a ser elevados a una magistratura sin más, sino al mismo reino, más aún, tampoco a un reino simplemente, sino al mismo Reino de los Cielos. Por esta razón os pido y os suplico que os acordéis de mí cuando lleguéis a ese Reino, y lo que decía José al coperero mayor: *Acuérdate de mí cuando te vaya bien*³⁹, esto mismo les digo yo a ustedes ahora: «Acuérdense de mí cuando les vaya bien».

No les pido, como aquél, la recompensa de unos sueños, porque yo no vine a interpretarles unos sueños, sino para exponerles detalladamente las cosas del cielo y ser portador de la buena noticia de aquellos bienes, tales que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subieron a corazón de hombre, esto es, *lo que Dios preparó para los que le aman*⁴⁰. Ciertamente que José decía al coperero aquel: *Al cabo de tres días, él te restablecerá en tu puesto de coperero mayor*⁴¹. Yo no digo: «Al cabo de tres días, serán promovidos al cargo de coperos del tirano», sino: «Al cabo de treinta días⁴², no el Faraón, sino el Rey de los cielos les restablecerá en la Patria de arriba, en la Jerusalén libre, en la ciudad celeste». Y cierto es que aquél decía: *Y darás la copa al Faraón en su mano*⁴³, yo en cambio no digo: «Daran la copa al rey en su mano», sino: El rey en persona les dará en su mano la copa tremenda y llena de gran poder y más preciosa que toda⁴⁴ criatura». Los ya iniciados conocen la fuerza de esta copa, pero también ustedes la conocerán dentro de poco. Acuérdense, pues, cuando lleguen a aquel Reino, cuando recibáis la vestidura regia, cuando vistáis la púrpura tinta en la sangre del Señor, cuando se ciñan la diadema que por todas partes irradia resplandores más intensos que los rayos del sol. Tal es, en efecto, el dote del esposo, sin duda mayor que nuestro merecimiento, pero digna de su bondad.

β) Peligro del que retrasa el bautismo hasta el final de su vida.

Por esta razón, ya desde ahora y a causa de aquellas sagradas alcobas nupciales, yo los felicito, y no solamente los felicito, sino que también alabo su buen sentido, porque no se han acercado a la iluminación como los más perezosos de los hombres, en las últimas espiraciones⁴⁵, sino que ya desde ahora, como siervos sensatos, preparados para obedecer con la mejor voluntad al Señor, han puesto el cuello de su alma, con tanta mansedumbre como celo, bajo el yugo de Cristo, y recibieron el *yugo suave* y tomaron la *carga ligera*⁴⁶.

Efectivamente, aunque la gracia es igual para ustedes que para los iniciados al final de sus vidas, sin embargo, ni el propósito ni la preparación de las cosas son lo mismo. Ellos, en efecto, la reciben en su lecho; Ustedes, en el regazo de la Iglesia, la Madre Común de todos

³⁹ Gn. 40, 14.

⁴⁰ 1 Co. 2, 9.

⁴¹ Gn. 40, 13.

⁴² Por consiguiente, la instrucción se realizó un mes antes de Pascua, fecha del bautismo.

⁴³ Gn. 40, 13.

⁴⁴ hekateros = hekastos (cf. LIDDELL-SCOTT, *Lexicon* s.v.).

⁴⁵ Nótese en ésta y en las siguientes expresiones que describen a un moribundo el vivo realismo y el magistral uso que el autor hace de la antítesis.

⁴⁶ Cf. Mt. 11, 30.

nosotros; ellos, quejándose y llorando; Ustedes, alegres y gozosos; ellos, gimiendo; Ustedes, dando gracias; ellos, en fin, aturdidos por mucha fiebre; Ustedes en cambio, rebosantes de deleite espiritual.

De ahí que todo esté aquí en consonancia con el don, mientras que allí todo es contrario al don: el llanto y el lamento de los que se inician es abundante; en derredor están los hijos llorando, la mujer arañándose la cara, los amigos entristecidos, los criados llenos de lágrimas y, en fin, toda la casa con aspecto de un día invernal y lóbrego. Y si logras destapar el corazón mismo del yaciente, lo hallarás el más sombrío de todos.

γρ) Los moribundos y los sacramentos.

Efectivamente, igual que los vientos que, al lanzarse con gran ímpetu unos contra otros, dividen el mar en muchas partes, así también los pensamientos de los males dominantes entonces, al abatirse sobre el alma del enfermo, dividen su mente en múltiples preocupaciones: cuando mira a los hijos, piensa en su orfandad; cuando pone los ojos en la mujer, considera su viudez; cuando ve a los siervos, sopesa la desolación de la casa entera; cuando vuelve la atención sobre sí mismo, trae a la memoria su vida presente y, al verse a punto ya de separarse, lo envuelve una densa nube de postración. Tal es el alma del que va a ser iniciado.

Luego, en medio mismo del tumulto y de la confusión, entra el sacerdote, más temible que la propia fiebre y más cruel que la muerte a los ojos de los parientes del enfermo, pues éstos consideran que la entrada del presbítero es mayor causa de desesperación que la voz misma del médico que da por perdida la vida del enfermo, y lo que es fundamento de la vida eterna ellos lo consideran señal de muerte. Pero todavía no he añadido el final de los males. Muchas veces, en efecto, el alma abandonó el cuerpo y se fue, mientras ¿los parientes armaban gran barullo preparándose⁴⁷. Con todo, a muchos tampoco les aprovechó la presencia del alma. Efectivamente, cuando no reconoce a los parientes, ni oye la voz, ni puede responder las palabras aquellas mediante las cuales se establecerá el feliz pacto con el común Señor de todos nosotros, antes bien, cuando el que va a ser iluminado yace como un leño inútil o como una piedra, sin diferenciarse en nada de un cadáver, ¿cuál puede ser el provecho de la iniciación en tales condiciones de inestabilidad?

El que está efectivamente a punto de llegarse a estos sagrados y tremendos misterios necesita velar y andar despierto, purificarse de toda preocupación mundana, llenarse de mucha templanza y de mucho celo, desterrar de la mente todo pensamiento ajeno a los misterios y dejar por todas partes limpia la casa, como si estuviera a punto de acoger al Rey en persona.

Tal es la preparación de su mente, tales los pensamientos que deben tener, tal el propósito del alma. Por consiguiente, la digna recompensa de esta óptima determinación espérala de Dios, que en las retribuciones vence a cuantos le obsequian con su obediencia. Ahora bien, puesto que es necesario que los consiervos contribuyan con lo que es suyo, también nosotros contribuiremos con lo que es nuestro, aunque, si ni siquiera esto es nuestro, que es también del Señor! Pues dice: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias, como si no hubieras recibido?*⁴⁸.

⁴⁷ Entiéndase para el acontecimiento de la iniciación bautismal.

⁴⁸ 1 Co. 4, 7.

Yo hubiera querido, lo primero de todo, decirles lo siguiente: por qué realmente nuestros padres, dejando correr todo el año, legislaron que éste era el momento oportuno para que los hijos de la Iglesia fueran iniciados en los misterios, y por qué razón, después de nuestra enseñanza, los descalzan y los desnudan y luego, descalzos y desnudos, cubiertos únicamente con la tunicilla, los hacen pasar a las voces de los exorcistas. En realidad ellos no nos determinaron sin más y a ciegas esta forma de actuar y este tiempo, sino que ambas cosas tienen un sentido misterioso e inefable.

δρ) Los varios nombres del bautismo.

También hubiera querido explicarles este sentido, pero veo que ahora la catequesis nos empuja hacia otro punto más necesario. Necesario es, efectivamente, decir que es en fin de cuentas el bautismo, por qué razón ha entrado en nuestra vida y qué bienes nos reserva. Pero, si quieren, dialoguemos primeramente sobre la denominación de esta misteriosa purificación. No tiene un nombre único, en efecto, sino muchos y variados.

Esta purificación se llama **baño de regeneración**, pues dice: *Nos salvó por el baño de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo* ⁴⁹. Se llama también **iluminación**, y esto mismo le llamó también Pablo: *Traigan a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sufristeis gran combate de aflicciones* ⁵⁰; y de nuevo: *Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron el don celestial y recayeron, sean otra vez renovados para conversión* ⁵¹. Se llama también **bautismo**: *Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos* ⁵². Se llama **sepultura**: *Porque fuisteis sepultados juntamente con Él, dice: por el bautismo, para muerte* ⁵³. Se llama **circuncisión**: *En el cual también fueron circuncidados con una circuncisión no hecha con manos, con el despojamiento del cuerpo de los pecados de la carne* ⁵⁴. Se llama **cruz**: *Porque nuestro viejo hombre fue crucificado con Él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho* ⁵⁵.

ερ) El bautismo como baño de regeneración.

Se podría seguir enumerando otros muchos nombres, sin embargo, para no consumir todo el tiempo en las denominaciones del don, ¡eal!, volvamos a la primera denominación y, en cuanto hayamos explicado su significado, pondremos fin a la catequesis.

Entre tanto, reasumamos nuestra enseñanza desde un poco más arriba. Existe el baño común a todos los hombres, el de los establecimientos del baño, que suele limpiar la suciedad del cuerpo. Pero está también el baño judío, más digno que aquél, pero muy inferior al de la gracia, pues éste limpia también la suciedad corporal, pero no sólo la corporal, sino también la que afecta a la conciencia débil.

Efectivamente, hay muchas cosas que no son impuras por naturaleza, sino que se vuelven impuras por efecto de la debilidad de la conciencia. Y lo mismo que tratándose de niños, ni las máscaras ni los demás antifaces son de por sí espantosas, sino que a los niños les parecen espantosas por causa de su propia inocencia natural, así también tratándose de lo

⁴⁹ Tt. 3, 5.

⁵⁰ Hb. 10, 32.

⁵¹ Cf. Hb. 6, 4.

⁵² Ga. 3, 27.

⁵³ Cf. Rm. 6, 4.

⁵⁴ Col. 2, 11.

⁵⁵ Rm. 6, 6.

que les dije; por ejemplo, tocar cadáveres: por naturaleza no es algo impuro, pero, si le ocurre a una conciencia débil, entonces vuelve impuro al que los toca. Ahora bien, que no sea algo impuro por naturaleza, lo dejó bien claro el mismo legislador ⁵⁶, Moisés, que llevó consigo intacto el cadáver de José y, sin embargo, permaneció puro. Por la misma razón Pablo, dialogando con nosotros acerca de esta impureza debida, no a la naturaleza, sino a la debilidad de la conciencia, decía también algo así: *De suyo nada hay impuro, de no ser para quien piensa que algo es impuro* ⁵⁷. ¿Estás viendo cómo la impureza no se origina de la naturaleza de la cosa, sino de la debilidad del pensamiento? Y de nuevo: *Todo es puro, ciertamente, pero malo es para el hombre comer con escándalo* ⁵⁸, ¿Ves cómo no es el comer, sino el comer con escándalo, la causa de la impureza?

Semejante mancha la limpiaba el baño judío. El baño de la gracia, en cambio, limpia, no ya ésta, sino la verdadera impureza, la que deposita la gran suciedad, no sólo en el cuerpo, sino sobre todo en el alma; en efecto, no purifica a los que han tocado los cadáveres, sino a los que han tocado las obras muertas. Aunque uno sea un afeminado, un fornicador o un idólatra; aunque haya cometido cualquier clase de mal y esté en posesión de toda maldad humana, en cuanto baja a la fuente de las aguas, sale del Divino Manantial más puro que los rayos del sol.

Y para que no pienses que lo dicho es puro alarde, escucha a Pablo cuando habla del poder de este baño: *No se engañen, que ni los idólatras, ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los invertidos, ni los borrachos, ni los murmuradores, ni los ladrones heredarán el Reino de Dios* ⁵⁹. «¿Y qué tiene esto que ver con lo dicho? ¡Pon de manifiesto lo que estamos buscando, a saber, si todo eso lo limpia la fuerza del baño bautismal!». Pues bien, escucha lo que sigue: Y esto mismo eran algunos: *pero ya están lavados, pero ya están santificados, pero ya están justificados en el nombre de nuestro Señor Jesús Cristo y en el Espíritu de nuestro Dios* ⁶⁰.

Nosotros les prometíamos mostrarles que los que se acercan al baño bautismal quedan limpios de toda fornicación ⁶¹, pero la catequesis ha demostrado mucho más: no solamente limpios, sino también santos y justos, pues no dijo solamente: están lavados, sino también: están santificados y están justificados. ¿Qué puede haber de más extraordinario que esto, que sin trabajos, sin sudores y sin éxitos nazca la justicia? ¡Pues tal es la bondad del Don Divino, que sin sudores hace justos! Efectivamente, si una carta del emperador, por breve que sea el texto, no sólo deja libres a los responsables de innumerables acusaciones, sino que también encumbra a la máxima dignidad a otros, ¡con cuánta mayor razón el Espíritu de Dios, que además lo puede todo, nos revestirá con una gran justicia y nos colmará de una gran confianza! Y lo mismo que una centella, al caer en medio del inmenso mar, inmediatamente se apaga y desaparece anegada por la masa de las aguas, así también toda maldad humana, cuando cae en la fuente bautismal de las Divinas Aguas, se anega y desaparece más rápida y más fácilmente que aquella centella. «¿Y por qué razón —dice— si el baño bautismal perdona todos nuestros pecados, no se le llama baño del perdón de los pecados, ni baño de la purificación, sino baño de la regeneración?». Porque no nos perdona sin más los pecados, ni simplemente nos purifica de las faltas, sino que lo hace de tal manera, como si de nuevo fuésemos engendrados.

⁵⁶ Literalmente *que ordenó estas cosas*; el ejemplo debe de referirse a Ex. 13, 19.

⁵⁷ Cf. Rm. 14, 14.

⁵⁸ Rm. 14, 20.

⁵⁹ 1 Co. 6, 9, 10.

⁶⁰ 1 Co. 6, 11.

⁶¹ Quizá sea mejor leer, con un antiguo traductor latino, *ponerías* en vez de *porneias*: «limpios de toda maldad».

Y efectivamente, de nuevo nos crea y nos forma, pero, no plasmándonos otra vez con barro, sino formándonos con otro elemento: la naturaleza de las aguas; y es que no se limita a fregar el vaso, sino que vuelve a refundirlo por entero. De hecho, los objetos que se friegan, por más cuidadosamente que se restriegue, siempre retienen huellas de la cualidad y guardan restos de la mancha; en cambio, los objetos que se meten en el horno de fundición y se renuevan por medio del fuego se desprenden de toda mancha y, cuando salen de la forja, emiten el mismo resplandor que los totalmente nuevos. Por consiguiente, lo mismo que un hombre toma una estatua de oro, sucia por obra del tiempo, del humo, del polvo y del orín, y la funde, y luego nos la devuelve limpiecita y esplendorosa, así también Dios: tomó nuestra naturaleza corroída por el orín del pecado, ennegrecida por el mucho humo de las faltas y pérdida la belleza que de Él recibiera al principio, y otra vez la fundió: metiéndonos en el agua como en un horno de fundición, envía la Gracia del Espíritu en vez del fuego, y luego nos saca de allí totalmente rehechos y renovados con gran resplandor, como para desafiar en adelante a los mismos rayos del sol; trasformó al hombre viejo, renovándolo en uno nuevo, más esplendoroso que el primero.

Ya el profeta, refiriendo veladamente a esta nuestra reconstitución y a esta misteriosa purificación, decía antiguamente: *Como jarro de alfarero los desmenuzarás*⁶². Efectivamente, que la frase se refiere a los fieles, nos lo muestran claramente los versos anteriores: *Tú eres mi hijo, yo te engendré hoy; pídemme, y te daré las gentes por heredad tuya; y por posesión tuya, los confines de la tierra*⁶³. ¿Ves cómo hizo mención de la Iglesia de los gentiles y cómo dijo que el Reino de Cristo se extiende por todas partes? Y luego vuelve a decir: *Los apacentarás con vara de hierro: no abrumadora, sino fuerte; como jarro de alfarero los desmenuzarás*⁶⁴.

Aquí tienes un modo más misterioso de entender el baño bautismal, porque no dijo simplemente «jarro de loza», sino «jarro de alfarero». Pero fíjense bien: los jarros de loza, una vez desmenuzados, no admitirían arreglo, por causa de la dureza que les dio una vez por todas el fuego; en cambio, los jarros de alfarero no son de tierra cocida, sino de arcilla, de ahí que, incluso si se quiebran, fácilmente puedan volver a su forma anterior⁶⁵ mediante la maestría del artesano. Así pues, cuando el Señor habla de una calamidad irremediable, no dice «jarro de alfarero», sino «jarro de loza».

Por lo menos, cuando quería enseñar al profeta y a los judíos que habían entregado la ciudad a una calamidad irremediable, mandó coger un ánfora de tierra cocida y desmenuzarla delante de todo el pueblo, y decir: *Así perecerá también la ciudad, y será desmenuzada*⁶⁶. En cambio, cuando quiere ofrecerles buenas esperanzas, conduce al profeta a una alfarería y allí, no le muestra un jarro de loza, sino que le muestra un jarro de arcilla que se le cae de las manos al alfarero, y razona diciendo: *Si este alfarero ha recogido el jarro caído y de nuevo lo ha restaurado, ¿no podré yo mucho mejor enderezarlos a ustedes que han caído?*⁶⁷ Por consiguiente, a Dios le es posible no sólo restaurar a los que somos de arcilla por medio del baño de la regeneración, sino también, mediante una perfecta penitencia, devolver a su prístino estado a los que, a pesar de haber recibido la fuerza del Espíritu, han recaído.

σπ) La lucha y el combate contra el demonio.

⁶² Sal. 2, 9.

⁶³ Sal. 2, 7, 8.

⁶⁴ Sal. 2, 9.

⁶⁵ Sigo la lección de Migne: *proteron*, en vez del *deuteron* de Montfaucon.

⁶⁶ Jr. 19, 11.

⁶⁷ Jr. 18, 6.

Pero no es ésta la ocasión de que escuchen las catequesis acerca de la penitencia, mejor dicho, ¡ojalá nunca tengan ocasión de dar en la necesidad de esos remedios, al contrario, ojalá permanezcan siempre firmes en la guarda integral de la belleza y del esplendor que ahora están a punto de recibir!

Pues bien, para que puedan permanecer siempre así, ¡eal!, dialoguemos un poquito con Ustedes acerca del plan de vida. Efectivamente, en esta arena las caídas no son peligrosas para los atletas, ya que la lucha es contra gente de casa y todo ejercicio se realiza a expensas de los cuerpos de los entrenadores. Pero, cuando llega el momento de las competencias, cuando se abre el estadio y el público está sentado arriba y el juez de la competencia aparece, a partir de ese instante es preciso: o bien acobardarse y caer, para retirarse llenos de vergüenza, o bien emplearse a fondo y alcanzar las coronas y los premios.

Así ocurre también con vosotros: estos treinta días se asemejan a una palestra con sus ejercicios y entrenamientos. Aprendamos ya desde ahora a vencer a aquel malvado demonio, porque, después del bautismo, deberemos desnudarnos para entrar en ruedo contra él. Y contra él tendremos que dirigir los golpes de nuestro puño, y contra él luchar.

Por consiguiente, aprendamos ya desde ahora sus llaves, de dónde procede su maldad y por qué medios puede fácilmente perjudicarnos, para que, cuando lleguen las competencias, no nos extrañemos ni nos alborotemos al ver la novedad de sus artimañas, sino que, habiendo aprendido todas sus estratagemas a la vez que nos ejercitamos nosotros mismos, emprendamos con toda confianza la lucha contra él.

ζρ) La importancia de saber dominar la lengua.

Pues bien, él está acostumbrado a intentar dañarnos por todos los medios, pero sobre todo a través de la lengua y de la boca, porque no hay para él instrumento más apropiado para engañarnos y perdernos que una lengua intemperante y una boca sin puertas. De aquí nacen nuestras numerosas caídas, de aquí nuestros graves motivos de acusación.

Y cuán fácil sea resbalar con la lengua, alguien lo declaró cuando decía: *Muchos cayeron a filo de espada, mas no tantos como los caídos por obra de la lengua*⁶⁸, y la gravedad de la caída la revelaba el mismo diciendo otra vez: *Mejor es resbalar del pavimento que resbalar de la lengua*⁶⁹; y lo que dice viene a ser esto mismo: «Mejor es caer y magullarse el cuerpo que proferir una palabra tal que pueda perder nuestra alma». Pero no solamente habla de caídas, sino que además nos exhorta a que andemos con gran cuidado para no ser derribados, cuando dice así: *Haz a tu boca una puerta y cerrojos*⁷⁰, no para que realmente preparemos puertas y cerrojos, sino para que, con gran seguridad, cerremos a la lengua el paso a las palabras inconvenientes. Y en otra parte, mostrando que junto con nuestro cuidado, y antes de nuestro cuidado, necesitamos del impulso de lo alto, para que podamos retener a esta fiera dentro, el profeta, con las manos levantadas hacia Dios, volvía a decir: *La elevación de mis manos sea como sacrificio vespertino. Pon, Señor, una guardia a mi boca y una puerta*

⁶⁸ Cf. Si. 28, 18.

⁶⁹ Cf. Si. 20, 18.

⁷⁰ Cf. Si. 28, 25.

de protección a mis labios⁷¹. Y el mismo que había exhortado anteriormente vuelve a decir: *¿Quién pondrá una guardia a mi boca, y a mis labios sello de prudencia?*⁷²

36, ¿Estás viendo cómo todos temen estas caídas, se lamentan, aconsejan y ruegan que su lengua disfrute de buena guardia? Y si tal es la ruina que nos acarrea este órgano, ¿por qué —dice— lo puso Dios en nosotros ya desde el comienzo? Porque también tiene una gran utilidad y, si andamos con cuidado, únicamente nos trae utilidad y ningún perjuicio. Escucha, pues, lo que afirma el mismo que dijo lo de antes: *En poder de la lengua están la vida y la muerte*⁷³. Y Cristo viene a declarar lo mismo cuando dice: *Por tus palabras serás condenado, y por tus palabras serás justificado*⁷⁴.

Efectivamente, la lengua está situada en el centro de uno y otro uso: el dueño eres tú. Lo mismo ocurre con la espada que yace en el medio: si la utilizas contra los enemigos, tendrás en ella un instrumento de salvación, pero, si asestas el golpe contra ti mismo, la causante de tu herida no será la naturaleza del hierro, sino tu propia trasgresión de la ley.

Pensemos lo mismo respecto de la lengua: es una espada que yace en medio, por tanto utilízala para acusarte de tus pecados, no asestes el golpe contra un hermano. Por esta razón Dios la circundó con doble muro: con la valla de los dientes y la cerca de los labios, para que no profiera con facilidad y atolondradamente las palabras inconvenientes. Refrénala dentro. ¿Que no lo soporta? Entonces dale una lección utilizando los dientes, como si entregaras su cuerpo a estos verdugos, y haz que la muerdan, porque mejor es que sea mordida por los dientes ahora, mientras peca, que entonces, cuando ande achicharrada buscando una gota de agua, no consiga el alivio⁷⁵. En todo esto, pues, y en mucho más, suele pecar, cuando insulta, blasfema, profiere palabras torpes, calumnia, jura y perjura.

ηρ) Los peligros del juramento.

Sin embargo, para no hundir su mente en la confusión, si les digo hoy de golpe todo, les propongo entre tanto una sola ley: la que manda evitar los juramentos, y de antemano les digo y aviso esto: si no evitan los juramentos —no digo solamente los perjuros—, sino los mismos juramentos hechos por causa justa, si no los evitan, digo, no dialogaremos más con ustedes sobre otro tema. Efectivamente, sería absurdo que, mientras los maestros de las letras no dan a los niños una segunda noción hasta que ven la precedente bien fija en sus memorias, nosotros, por el contrario, a pesar de no haber podido inculcarles con exactitud las nociones precedentes, nos adelantaremos a imbuirles otras nuevas: esto no sería otra cosa que sacar agua en recipiente agujereado. Por tanto, si no quieren que callemos, pongan muchísimo cuidado en el asunto.

Grave es, en efecto, este pecado, y muy grave. Y es muy grave, porque no parece ser grave, y por eso le temo: porque nadie le teme; y por eso es una enfermedad incurable: porque ni siquiera parece ser enfermedad, antes bien, como el simple platica no es motivo de acusación, así tampoco esto parece ser motivo de acusación, al contrario, se tiene la osadía de cometer con la mayor confianza esta trasgresión de la ley. Y si alguien intenta una

⁷¹ Cf. Sal. 140, 2, 3.

⁷² Si. 22, 27.

⁷³ Pr. 18, 21.

⁷⁴ Mt. 12, 37.

⁷⁵ Alusión probable al castigo del rico epulón, cf. Lc. 16, 24.

acusación, inmediatamente se siguen la risa y gran escarnio, pero no contra los acusados por causa de los juramentos, sino contra los que quieren remediar la enfermedad.

Por esta razón amplió yo mi homilía sobre este asunto, porque quiero arrancar una raíz profunda y acabar con un mal crónico: no digo los perjurios solamente, sino también los mismos juramentos hechos según ley. «¡Pero el tal —dice— es un hombre honrado, que ejerce el sacerdocio y que vive con mucha templanza y piedad!» ¡No me hables de este hombre honrado, templado, piadoso y que ejerce el sacerdocio! Pon, si quieres, que éste sea Pablo, o Pedro, o incluso un ángel bajado del cielo: ¡ni aun así presto atención al valor de las personas! Efectivamente, la ley sobre los juramentos yo no la leo como ley servil, sino como ley regia; ahora bien, cuando se leen documentos de un rey, enmudece toda dignidad de los siervos. Pues bien, si tú puedes decir que Cristo mandó jurar, o que Cristo no lo castiga cuando se hace, muéstralo y quedaré persuadido; pero, si pone tanto empeño en impedirlo y tanto se preocupa por este asunto que al que jura lo equipara al Maligno (Pues lo que pasa de esto —del sí y del no, dice—, del diablo procede ⁷⁶), ¿por qué me mientas al tal y al cual? De hecho Dios no te dará su voto basándose en la negligencia de tus consiervos, sino en el mandato de sus leyes: Él lo mandó, así que era necesario obedecer, y no presentar al tal como pretexto, ni mezclarse en males ajenos.

Aunque el gran David cometió un grave pecado ⁷⁷, ¿acaso por esa razón, dime, no va a ser para nosotros peligroso el pecar? Por lo mismo es necesario, pues, ponerse en guardia contra esa idea y emular solamente las buenas acciones de los Santos, y si en alguna parte se dan negligencia y trasgresión de la ley, obligación es huir de ellas con suma diligencia.

Efectivamente, el contenido de nuestra catequesis no se refiere a nuestros consiervos, sino al Señor, y a Él daremos cuentas de todo lo vivido. Preparémonos, pues, para aquel tribunal, ya que, por infinitamente admirable y grande que sea el que viola esta ley, pagará cabalmente la pena debida por la trasgresión, pues *Dios no hace acepción de personas* ⁷⁸.

θρ) Cómo evitar los juramentos.

¿Cómo, pues, y de qué manera es posible evitar este pecado? Porque, en verdad, no solamente es necesario mostrar que la acusación es grave, sino también aconsejar sobre cómo poder librarnos de ella. ¿Tienes mujer, criados, hijos, un amigo, un pariente, un vecino? Ordénales a todos ellos estar en guardia sobre esto. ¿Que la costumbre es cosa difícil, que cuesta arrancarla, que no es fácil guardarse de ella, y muchas veces nos empuja sin quererlo ni saberlo nosotros? Pues bien, cuanto más conoces la fuerza de la costumbre, tanto mayor empeño pon en ser liberado de la mala costumbre y en convertirte a la otra, a la más provechosa.

Efectivamente, lo mismo que aquélla muchas veces fue capaz de hacerte caer, a pesar de tu diligencia, de tu cautela, de tu cuidado y preocupación, así también ahora, si te conviertes a la buena costumbre, la de no jurar, nunca podrás caer en el pecado de juramento, ni sin querer ni por negligencia, porque cosa grande es realmente la costumbre y tiene la fuerza de la naturaleza. Por consiguiente, para no andar penando continuamente, pasémosnos a esta costumbre, y a cada uno de los que conviven y se relacionan contigo pídeles esta gracia: que

⁷⁶ Cf. Mt. 5, 37.

⁷⁷ Cf. 2 S. 11, 2ss.

⁷⁸ Hch. 10, 34.

te aconsejen y exhorten a evitar los juramentos, y si te sorprenden haciéndolos, que te acusen. De hecho, la vigilancia ejercida por ellos sobre ti es también para ellos consejo y exhortación a obrar rectamente. En efecto, el que acusa a otro de juramento no caerá él mismo tan fácilmente en este abismo, pues abismo nada común es la frecuencia en el jurar, no sólo cuando se hace por cosas mínimas, sino también cuando se hace por las mayores.

Ahora bien, nosotros, lo mismo cuando compramos legumbres y regateamos por dos óbolos que cuando nos enfadamos con los criados y los amenazamos, en toda ocasión apelamos a Dios como testigo, y sin embargo, a un hombre libre y con un cargo de poca monta tú no te hubieras atrevido a llamarle a la plaza como testigo de tales cosas, y si acaso te atreves a hacerlo, se te castigará por tu insolencia: en cambio, ¡al Rey de los cielos, al Señor de los ángeles, tú lo arrastras a dar testimonio cuando discutes sobre cosas venales, sobre dinero o sobre miserias! Y, ¿cómo esto va a ser tolerable? ¿Por qué medios, pues, podremos vernos libres de esta mala costumbre? Poniendo en derredor nuestro las guardias que dije, fijándonos a nosotros mismos un plazo para la enmienda e imponiéndonos una multa sí, pasado el plazo, hubiéremos fracasado en el empeño. Ahora bien, ¿cuánto tiempo nos bastará para esto? Yo no creo que los muy sobrios, despiertos y que velan por su propia salvación necesiten más de diez días para quedar completamente libres de la mala costumbre de los juramentos. Pero si al cabo de esos diez días se nos viera seguir jurando, impongámonos a nosotros mismos una pena, incluso fijemos el castigo y la multa máxima por nuestra trasgresión.

¿Cuál será, pues, la condena? Esto no se lo determino yo todavía, sino que lo dejo a ustedes mismos el ser dueños de la sentencia. Administremos así nuestros asuntos, y no sólo los referidos a los juramentos, sino también los que atañen a los demás fallos: si nos fijamos a nosotros mismos un plazo, con gravísimas penas en el caso de reincidencia, partiremos puros hacia nuestro Señor, quedaremos libres del fuego infernal y con toda confianza nos mantendremos en pie delante del tribunal de Cristo. Ojalá podamos conseguirlo todos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesús Cristo, por el cual se dé la gloria al Padre, junto con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.